

A LOS OBREROS

LABOREMOS

Sí, laboremos sin cesar por hacernos grandes, por el honor, por la moral, por la dignidad, por las ciencias, por las letras; en una palabra: por el progreso en todas sus magníficas manifestaciones.

Pero para ello es necesario darle la espalda al egoísmo, a la apatía, a la indiferencia, al pesimismo que va invadiendo y enervando los caracteres; y estrechémonos cada día más en la más íntima alianza, sin embajes, con entera franqueza y buena fe, para laborar así en la obra portentosa que nos está encomendada, de hacer digna a nuestra clase y a nuestra Nación.

El ideal más puro de las naciones, es avanzar hacia la meta de su más cabal perfección y nuestra Patria, con grandes elementos de riqueza en todo sentido, no puede quedarse rezagada en el gran movimiento de avance; puesto que tiene razones y condiciones muy superiores a los demás pueblos de Centro América, para culminar entre ellos; pero en esa fecunda y admirable labor, toca a nosotros la mejor y mayor parte para trabajar sin descanso.

Todos, absolutamente todos aunemos nuestras fuerzas, recojamos nuestros elementos, avivemos las energías, los caracteres y empenémonos en hacer de nuestra nación, un emporio de ciencias, de industrias, de comercio y una fuente inagotable de moral donde se refleje la dignidad y el honor, como los sustentáculos del carácter siempre rebelde a la injusticia y a ese cúmulo de cosas que informan la degradación y el envilecimiento de los pueblos.

LABOREMOS, no sólo para el presente; vamos hacia el futuro con entera buena fe, echándole amplias y sólidas bases al porvenir de nuestra clase.

Laboremos muy especialmente por esa niñez, por esa juventud que nos habrá de suceder y en cuyas manos quedará la obra con todas sus grandezas, con todos sus atributos; eduquemoslos en las sabias lecciones cristianas, donde abunda la moral, la dignidad y el honor, esto es lo primero y después démosles carrera para la vida.

Dado el estado actual de cosas, en que se ve con tanto descuido la educación de la niñez, como también las ideas del trabajo por parte de los padres de familia y aun por las mismas clases directoras; creemos que si no se obra con empuje vigoroso que restaure, que regenere, el porvenir de nuestra Nación no está claro; no basta el progreso material, para completar la obra de civilización, se necesita completarla con el progreso intelectual y con especialidad el moral, de otra manera la obra dejará de ser, por incompleta.

Los grandes males están a nuestra vista, esforcémonos pues en poner los grandes remedios, creer que no los hay, es dejarnos arrastrar al funesto pesimismo que se convierte en inacción y de la inacción se va a la muerte.

Aunemos, pues, los esfuerzos, estrechemos las distancias y vamos a la tarea regeneradora con buena fe, con perseverante energía; la Patria quiere dignificarse por el celo, por el amor de sus hijos, acudamos a sus justos reclamos, y no seamos nosotros los que demos el mal ejemplo de indiferencia, legando a las generaciones venideras una nación indigna de ocupar el merecido puesto a que la hace acreedora su abolengo, su historia y la famosa epopeya de sus conquistas por la independencia y el derecho. *Gutenberg*

La imponente manifestación republicana

del domingo en la ciudad de Heredia

EN LA ESTACIÓN DEL ATLÁNTICO

Debemos confesar con júbilo que la manifestación republicana, efectuada en la ciudad de Heredia, superó a nuestras esperanzas.

No se ha efectuado, ni se efectuará, probablemente, dentro de muchos años, una fiesta política más trascendental, más imponente, más hermosa, en la bella "ciudad de las flores", que ha sido siempre el más grande baluarte de las libertades públicas.

Desde las 7 de la mañana principió a aglomerarse en la Estación del Atlántico una enorme muchedumbre, compuesta de todas las clases sociales, que ostentaba en sus trajes la divisa del republicanismo y desplegaba al viento los gloriosos estandartes azules.

Se habían contratado 72 carros para transportar a los manifestantes; pero fueron insuficientes, y se hubo de pedir a la Empresa cinco más. El mismo tren ordinario, que conveysaba cinco carros a Alajuela, fué ocupado por los republicanos. A pesar de lo cual, muchos republicanos tuvieron que quedarse en la ciudad, por falta de sitio en los trenes.

Hacia las 10 de la mañana, pasaron por San José los trenes de Cartago, atestados de manifestantes. El entusiasmo se desbordó, como una hossa triunfal, de todos los corazones: mientras las bandas de música tocaban himnos patrióticos, se escuchaban estruendos vivas a Máximo Fernández y al credo que él simboliza.

La movilización se hizo solamente de las

ciudades de San José, Cartago y Alajuela.

EN HEREDIA

La hermosa ciudad de las flores se había ataviado con sus más ricas galas para recibir al abnegado luchador de los 20 años. Por donde quiera se veían palmas, banderas azules, escarapelas republicanas, guirnaldas, flores. El conjunto resultaba imponente, majestuoso: bajo el azul del cielo, todo era azul. Heredia es la CIUDAD AZUL por excelencia. Sólo en los suburbios se notaba uno que otro rótulo verde aislado con un melancólico *viva Durán*, semejan-do al eco del último grito de un moribundo. . . . Una nube verde que se desvanecía, al soplo de la popularidad.

En el extremo norte de la Plaza Central, frente a la casa de los señores González, los heredianos habían levantado un hermoso arco triunfal con esta leyenda:

**A Máximo Fernández,
los Obreros de Heredia**

Tenía el arco una sugestiva alegoría. De pie, dos obreros: el uno empuñaba una pala y el otro forjaba sobre el yunque. Esa alegoría representa el trabajo gigantesco del partido republicano, hoy y mañana y siempre: mientras que, con una mano, forja la obra de la regeneración de la patria costarricense, con la otra tiene que demoler, a ras de tierra, ese edificio carcomido de privilegios y de iniquidades que se llama Olimpo, por sarcasmo.

Otro arco en el extremo Este de la Pla-

za, representaba el Comercio, la Industria y la Agricultura, con su correspondiente *viva* al jefe del republicanismo.

Los balcones de las casas estaban atestados de señoritas. La muchedumbre obstaba las calles, compacta. Vibraban en el aire *vivas* estrepitosos. Las bandas ejecutaban marchas marciales. Y ni un solo grito del enemigo, ni una leve protesta que viniera a interrumpir el concierto de aquel sublime himno del republicanismo.

EL DESFILE

Principió a las 12 m. Una larguísima cabalgata, a cuya cabeza iba don Máximo Fernández, precedía la manifestación. Don Máximo Fernández iba escoltado por una guardia de honor, compuesta de 30 obreros, uniformados de blanco: los "mosqueteros de la democracia" como les llamó un amigo nuestro. La procesión dió vuelta alrededor de la ciudad. ¿Cuántos eran los manifestantes? Tal vez no exageraríamos al anotar esta cifra: quince mil.

Pero, con seguridad, saltará por ahí la prensa amarilla reduciendo esa cifra a su cuarta parte. ¿Cómo han de convenir nuestros adversarios con que la más espontánea e improvisada de nuestras manifestaciones supere a la más grande de sus ovaciones en que, regando a diestra y siniestra el oro, no consiguen reunir ocho mil personas?

Sólo la cabalgata se componía de mil doscientos jinetes, entre los cuales pudimos ver con agrado algunas simpáticas amazonas, de esas que tienen el alma del temple de Policarpa Salabarrieta.

Muy merecidos vitores recibió el bello sexo republicano de Heredia.

En resumen: después de la manifestación del domingo, que fué abrumadora por lo elocuente ¿qué esperanza les puede quedar a los señores *vardi-rojos*?

Con razón decían algunos republicanos bromistas en su pintoresco lenguaje popular:

"Cuando este tren pita,
ni el gallito canta,
ni la chancha grita!"

Y pasaba la aplanadora, y pasaba arrollando los últimos obstáculos de los vencidos.

FRENTE A LA CASA DEL SEÑOR
GONZÁLEZ

Don Máximo Fernández se hospedó en casa del señor don Alfredo González, *leader* del republicanismo en Heredia. El edificio presentaba un aspecto deslumbrador: regimiento adornado, con banderas, festones y flores: allí se había dado cita la *élite* heredia. Figúrase una canastilla de flores humanas, una aparición de hadas, y tendréis una idea de ese encantador grupo de damas que iban a darle la bienvenida a nuestro ilustre jefe. Si Heredia descuellera por el patriotismo de sus hijos, también descuellera por la hermosura de sus mujeres.

Alrededor de la casa del señor González se situaron por lo menos tres mil personas, para escuchar la palabra austeramente apostol de la democracia y el verbo fulminante de nuestros oradores. Es lástima que el poco espacio de que se disponía en la calle, haya impedido a la mayoría oír los discursos.

Tres niñas adorables, tres tiernos capullos que apenas despiertan a la vida de la inteligencia, le dieron en sentidas frases la bienvenida a don Máximo Fernández y le ofrecieron sendos bouquets, como recuerdo de su triunfo. Don Máximo les agradeció conmovido; y es natural, puesto que para las almas luchadoras que han sufrido todas las ingraticudes de los hombres, no hay nada tan dulcemente conmovedor como la sonrisa de los niños.

Don Alfredo González pronunció un brillante discurso que en otro lugar insertamos. Es un documento político que merece marco de oro.

Fué muy aplaudido.

LA PALABRA DEL JEFE

Tomó entonces la palabra don Máximo Fernández y se hizo religioso silencio a su alrededor. ¿Qué dijo? Muchas cosas bellas y verdaderas, que son como la síntesis de sus ideales. Ni una frase amarga de reproche para sus enemigos, ni el justo anatema para los que han hecho de la difamación su única arma de combate. Y para qué? Los enemigos ya principian a sentir el peso de su derrota. Sus ideas sanas, doctrinarias, justicieras, brotaron de sus labios como una lluvia de oro. A cada momento la multitud frenética, le aplaudía.

He aquí uno de los párrafos más salientes de su discurso, tomados por uno de nuestros cronistas, no literalmente, pero en su verdadero sentido:

"Así como las cruzadas medioevales, cuando se proponían rescatar el Santo Sepulcro, del poder musulmán decían: "Dios lo quiere", así también nosotros los repu-

blicanos, que venimos a rescatar las libertades patrias de manos de un círculo funesto, decimos: "Dios quiere el triunfo de los republicanos apesar de todas las maquinaciones y de todas las injusticias".

"A medida que se acerca la batalla final, les llega el convencimiento a nuestros adversarios de su certera derrota. En vano hacen esfuerzos desesperados por corromper a los republicanos; las conciencias de nuestros correligionarios no se compran ni se venden."

"Nosotros no regamos el oro para atraer manifestantes, ni engañamos al pueblo con falsas promesas. A estas manifestaciones viene el pueblo por su espontánea voluntad. Dígalo si no la imponente manifestación republicana que hicieron en San José los republicanos de Cartago, a las 12 de la noche, y bajo un fuerte temporal. La disciplina de nuestro partido se funda en la íntima convicción de que, cada uno de nosotros, cumple con su deber. La manifestación que se hace hoy en Heredia, es un golpe de mazo sobre la cabeza del enemigo."

"Nosotros no le estamos diciendo al pueblo que vamos a hacer maravillas; nosotros le decimos que sepa conservar las libertades adquiridas, que así hará la felicidad de Costa Rica." (Muy bien!)

"Dichosos nosotros los que en esta tribuna, en una tribuna donde se hace república, podemos decir: "acordaos del pasado acordaos de aquellos regímenes nefandos que concluyeron al iniciar su administración don Ricardo Jiménez". Dichosos nosotros los que podemos decir al pueblo: "¿consentiréis que vuelvan esos regímenes que pesaron como una loza de plomo sobre el alma de la patria?" (Aplausos, gritos ruidosos: no! no!)

"El Partido Republicano quiere la verdadera democracia; quiere que se discutan asuntos de interes nacional en la plaza pública, como en la antigua Atenas. No va a hacer política de conciliabulos."

"Hace cuatro años que, en una ocasión semejante, vine a esta noble ciudad a presentar al candidato del Partido Republicano, Lic. don Ricardo Jiménez, y entonces os dije: "os presento a un hombre de honor; a un hombre que respetará la Constitución. Yo no tenía ante vosotros otro prestigio que el que da la antigüedad en la lucha y ser compañero de vosotros. Yo sabía que don Ricardo Jiménez no desmentiría mis palabras. Y así fué. El actual Gobierno ha demostrado que sabe cumplir con su deber. Queremos, pues, que ahora y siempre Costa Rica tenga un gobierno digno de su cultura. No queremos que caiga en manos de una camarilla ambiciosa. Eso se queda únicamente para los salteadores del poder."

"Desde la frontera de Panamá hasta las cálidas márgenes del Sapoá, no se ve más que un entusiasmo desbordante por la causa republicana. Parece que un golpe eléctrico hiciera vibrar al unisono el alma nacional."

"Señores: con manifestaciones como estas no endiosáis a ningún hombre: eleváis un himno a la grandeza de la patria." (Delirante ovación.)

NUESTROS ORADORES

Tomaron después la palabra los señores don Tobías Zúñiga Castro, Licenciados don Claudio González Rucavado, don Tobías Zúñiga Montúfar, don Rubén Coto y don Salvador Merlos, quienes arrancaron a la multitud que les oía, prolongados aplausos.

Una nota bellísima: a instancias del público improvisó un breve pero elocuente discurso el ilustre anciano Licdo. don Ezequiel Gutiérrez, uno de los patriarcas del Republicanismo, como si dijéramos. Su figura distinguida, su nivea y potente cabeza soberbiamente erguida y aquel su acento de sinceridad tan hondo, en la tribuna republicana, produjeron una impresión indeleble en el ánimo de quienes le escucharon.

Comparó el Licdo. Gutiérrez, don Máximo Fernández, al inmortal don Juanito Mora y dijo que desde aquellos lejanos años no había vuelto a ver en Costa Rica una personalidad tan popular como él.

Después, cuando la multitud se disolvía y quedaron frente a frente departiendo don Máximo Fernández y el Licdo. Gutiérrez, nos pareció que las almas de los patriotas Félix Arcadio Montero, Montes de Oca y Monge Reyes, y otros mártires de la libertad, también tomaban participación en la magna fiesta de Heredia, y que al abrazarse esos dos luchadores, delante de la multitud se abrazaban el pasado y el porvenir. . .

DESPUÉS. . .

Esta es la más gloriosa jornada del Partido Republicano en su ascensión al poder. El Olimpo está derrotado ya en la conciencia nacional. (De *El Republicano*)